



**15 RELATS:
EL RACÓ DE L'ESCRITURA
2023**



PRÒLEG

15 relats. El racó de l'escriptura (2023) és el volum recopilatori dels contes realitzats per l'alumnat del taller impartit enguany en la Seu Universitària Ciutat d'Alacant en col·laboració amb la Universitat Permanent de la Universitat d'Alacant (UPUA). Després de la publicació d'un volum anterior de microrelats, ara és el torn dels relats que han anat treballant durant el taller realitzat en l'any 2023. L'alumnat, sense pràcticament experiència prèvia en la redacció literària, han construït unes històries que us presentem com a mostra del seu aprenentatge. Des dels components de la història, a la redacció del discurs per a configurar finalment un relat amb unes dosis d'ironia o de visió crítica, en alguns casos, o amb voluntat de fomentar el plaer de la lectura, en altres.

Com a bona antologia, trobareu de tot, des de relats més intimistes, a altres que juguen amb referències externes de la nostra cultura, a altres fabulacions més imaginatives. Es tracta, per tant, d'una invitació al viatge sense límits que és la literatura, un territori on la imaginació es desplega en totes les direccions i aquesta antologia n'és un bon exemple. Trobareu així quinze relats que exploren els aspectes més interns de la ment humana, les aventures de joventut més arriscada, l'estima més apassionada i les tragèdies més commovedores. Cada història revela un món únic i fascinat que ha permès el perfeccionament en l'escriptura de cada autora i de cada autor. Potser perquè hem tingut en la ment alguna de les referències de l'escriptor japonès, Haruki Murakami en la seua obra

De què parlo quan parlo de córrer (2007), quan ressalta la importància de perseverar en l'escriptura al llarg de la vida. Perquè no hi ha una edat límit per a començar a escriure quan el procés creatiu pot ser altament enriquidor i significatiu en qualsevol moment de la nostra existència.

Estem davant d'un llibre-repte, d'una il·lusió compartida per cadascun dels autors, d'un somni que ha anat fent-se realitat, tot defugint els temors d'enfrontar-se a la primera publicació. Compartir la seua escriptura és el millor resultat que podíem obtenir; tot això, perquè els relats que us presentem no sols us entretindran o commouran, sinó que també inspiraran a altres a seguir endavant i perseguir els seus propis somnis literaris. En aquestes pàgines trobareu una celebració de l'experiència i la creativitat en la seua forma més pura. Esperem cobrir les vostres expectatives tant com s'han realitzat els objectius dels quinze autors que han utilitzat la llengua que els era més pròxima i la diversitat de tècniques que els ha interessat aplicar: Mila Belda, Ramón García, Josefina González, José A. Latorre, Rafaela Lillo, Teo Molina, Lola Mollà, Jacinto Prieto, Victoria Ramos, Leonor Reolid, Dolores Ribera, Victoria Sera, Manel Soler, Beatriz Suárez i V de Vendetta. Sense més preàmbuls, us convidem a submergir-se en aquest món de la paraula, on l'edat és només una xifra i la imaginació no té límits. Un univers on tot és possible...

Carles Cortés Orts
Catedràtic de literatura contemporània
Universitat d'Alacant
2023

Contenido

Belda Rico, Mila	5
La madre.....	5
García Golfe, Ramón.....	10
Una aventura en la selva: caminada i mentides.....	10
González Álvarez, Josefina	14
Recordando a Don Quijote.....	14
Latorre Sánchez, José Antonio	19
Los Pacos	19
Lillo, Rafaela	24
Y va de cuentos.....	24
Molina Alcaide, Teo	28
La despedida.....	28
Mollá, Lola	38
De repente: una ratonera.....	38
Prieto Pando, Jacinto.....	41
Una jugada del destino.....	41
Ramos Forcén, Victoria.....	47
El caso Xaloz	47
Reolid Samper, Leonor	53
Nasmasté.....	53

Ribera Domene, Dolores	57
El columpio	57
Sera, Victoria	62
Llamada de una madre desesperada	62
Soler Gallardo, Manel.....	67
Captivada per l'Orient	67
Suárez Pascual, Beatriz.....	72
Consigna de identitat.....	72
V de Vendetta (Muñoz, Mar)	74
Amor de madre	74

Belda Rico, Mila

La madre

Nacistes un 30 de abril, pero no sabías bien de qué año. Nos contabas que entre la iglesia y el registro civil variaba en un año, a finales de los años 20 del siglo pasado. Tu familia era muy humilde, ya tenías dos hermanas y un hermano por delante, luego llegaron dos hermanas más. Vivíais en el campo, donde tus padres, y también los hijos cuidabais alguna finca. Solías salir con alguna hermana a pastorear las ovejas y en una ocasión que le lanzaste una piedra a una de ellas que se salía del rebaño, la piedra fue a parar a la cabeza de tu hermana, llevándote un buen susto por la reprimenda que te podrías llevar al llegar a casa. Las hermanas mayores cocinaban, pero era época de hambruna por la Guerra Civil y la posguerra y cuando servían la comida apenas quedaba algo sólido en el caldo, pues ellas se lo habían ido comiendo, así como el pan cuando os preparaban sopas de leche, que apenas os quedaba algo que enriqueciera aquel tazón de leche de cabra.

Quando ya os consideraban mozas os ponían a trabajar, limpiando casas o paseando niños pequeños de gente pudiente. En una de esas casas, los dueños comían en el salón y tú en la cocina, para que te dieran una rebanada de pan tenías que ir hasta su mesa y te la cortaban tan delgada que por el pasillo te la ibas comiendo y al llegar a

la mesa, ya no te quedaba pan. Unos años después te pusiste a trabajar en una fábrica de muñecas en una localidad vecina a pocos kilómetros y que, junto con otras jóvenes, teníais que ir todos los días caminando hasta allí, a medio día os quedabais a comer en la casa de una de las compañeras que vivía en aquella localidad, previo pago de la comida, y con la que hiciste una gran amistad que duró tanto como vuestras vidas.

Por aquella época los jóvenes os reuníais en patios o en fincas para cantar, tocar las guitarras, bailar y conoceros unos y otros, así conociste al que luego fue tu marido, pero sólo tenías 14 años y aunque te gustaba tener novio, también querías seguir estando con tus amigas y le pedías permiso para también estar con ellas, incluso jugando. Aquello se fue perdiendo y los amigos los ibais creando juntos, tratándose de otras parejas, con las que seguíais asistiendo a bailes y verbenas. Y así se hacían las bodas también, en el campo o en amplios patios entre guitarras, bailes y deliciosos manjares que ya la época iba permitiendo. Y un año después de vuestra boda llegó tu primogénito al que adoraste toda la vida, a pesar de que resultó ser una persona distante y poco familiar. Tu marido solo entendía de trabajos del campo, era fuerte y bien dispuesto; encontró una finca para cuidar en la sierra y allí os marchasteis el matrimonio con el bebé. Mientras tu marido atendía los trabajos del campo con otros jornaleros, tú cuidabas del niño, de la casa y de la comida. A veces llegaban visitas de algunos familiares o de los

dueños de la finca, que en agradecimiento te hacían regalos, sobre todo telas, con las que tú te hacías vestidos. Los inviernos eran duros con intensas nevadas, pero teníais previsiones de aceite, harina, azúcar, embutidos y otros alimentos que hacíais en conserva. Y así pasaron cuatro o cinco años, el niño crecía y tenía que escolarizarse, así que os tuvisteis que volver al pueblo. Con los ahorros pudisteis comprar una pequeña casa y un rebaño de cabras y ovejas; tu marido pastoreaba y vendía alguna para carne; y tú aprendiste a hacer quesos que vendías en casa, así como leche de cabra a granel.

Cuando el niño tenía algo más de seis años, llegó una niña, y una casa nueva, algo más grande, donde seguías mercadeando con la leche y los quesos, cuidando a tus hijos y haciendo amistades en el vecindario. Mientras tu marido iba viendo como el rebaño no le daba para mantener a aquella familia que iba creciendo y consiguió trabajo en una fábrica en la localidad vecina por lo que se compró una moto. Trabajaba a turnos y lo compaginaba con trabajos del campo, a veces suyos, a veces a sueldo, pues entendía bien de la poda, injertos en los árboles y otros menesteres de labranza. Tú también querías seguir colaborando en el sustento de la familia y teniendo como tenías una máquina de coser, te pusiste a coser vestidos de muñecas, lo cual hiciste durante muchos años y a menudo, ayudada por tu hija cortando hilos o colocando botones, lazos y *clecs*, y poco a poco hasta cosiendo algunas cosas más fáciles.

Pensabais que la vida tenía que ser así, dos jóvenes que se casan, que tienen hijos, que trabajan para mantener la casa y la familia, que los hijos van al colegio, luego crecen y se ponen a trabajar, conocen a otra persona, se casan y sigue la trayectoria generacional. Pero eso se trunca, primero cuando aparecen en tu casa el profesor y el director del colegio donde va tu hijo y os dicen que ese niño destaca y que debe de pedir una beca y marcharse a un colegio interno para seguir estudios superiores. Aquello no estaba en vuestros planes, vuestro hijo se tenía que marchar de casa... pero accedisteis y se marchó. En aquellos tiempos no era fácil viajar de unas ciudades a otras, ni teníais coche para ir a visitarlo más que en la fiesta de fin de curso que ibais en la furgoneta de los padres de un compañero. Y él solo iba a casa por Navidad, Semana Santa y vacaciones de verano. Así seis cursos de bachiller y el COU y después se marchó aún más lejos para estudiar en la universidad y tras cinco años más ya había hecho sus amistades universitarias y su vida allí, donde se quedó a vivir con unos amigos hasta que aprobó las oposiciones y volvió para casarse.

Mientras tu hija terminó la EGB y no había ni que hablar de seguir estudiando, ni era tan lista como el hermano, ni había posibilidades económicas en la familia y la idea principal es que la mujer, el día de mañana se casa y ha de cuidar a su marido y a sus hijos. Así que ella tras pasar por varios trabajos pésimos consiguió empleo en una buena fábrica de muñecas donde estuvo ocho años,

hasta que, con la crisis de la época de los ochenta, la empresa la cerraron. Mientras se hizo novio y se casó. Pero el marido trabajaba para una empresa familiar y no tenía ni sueldo, con lo cual un par de años después terminaron viviendo con vosotros. Luego tuvieron una niña y se alquilaron una vivienda cerca de la vuestra. Ella se puso a coser vestidos de muñecas, gracias a que había sido enseñada por ti y a él se le encontró un trabajo en otra localidad cercana. Pero este hombre fue metiéndose en vicios de juegos, luego de drogas y el matrimonio que ya había estado en crisis, empeoró. El trabajo de tu hija no le daba para vivir sola, pero la necesidad agudiza el ingenio y pudo realizar unas oposiciones para funcionaria que aprobó. Pero la familia pensabais que las mujeres cuando tienen un trabajo estable se divorcian y ella pensó que el trabajo cubriría la carencia de afecto que tenía con el marido y aguantó tres años, pero las drogas y el juego de su marido fue a más, perjudicando gravemente la economía familiar y decidió separarse. Algo que no aprobabais ninguno de la familia, ni tú, ni tu marido, ni tu hijo, ni otros parientes cercanos. El matrimonio ha de ser para toda la vida... Ella cogió a su hija y se marchó de casa. No lo pudisteis soportar y la familia, ya nunca fue la misma y se fueron quebrando las vidas de algunos protagonistas, pero eso, ya es otra historia.

García Golfe, Ramón

Una aventura en la selva: caminada i mentides

Havíem pensat fer un viatge d'exploració que ocupara tot el dia i, a dormir a casa, perquè no hi havia manera d'enganyar els nostres pares per passar la nit fora. Les llomes verdes, cobertes de pins, ens convidaven a imaginar que estàvem explorant la selva tropical. Ho havíem vist tantes vegades en les pel·lícules! A més a més, encara era estiu i la calor ajudava a pensar-ho i posar-se en situació; això i creure que descobrirem racons inconneguts i que seríem nosaltres tres els únics que sabreu el secret.

Així, el dia decidit ens vam alçar més prompte que mai i ens vam trobar als afores del poble, per a passar el dia portem cantimplora i entrepans i sabíem amb seguretat que trobaríem fruita madura pels camps. Les mares no sospitaven res perquè cadascú havia dit que anava a passar el dia jugant a casa de l'altre amic i tornaria al vespre, a tot tardar abans de l'hora de sopar.

Vam caminar pels camins rurals i algun llaurador conegut ens va preguntar què féiem tan a fora del poble i a tots els vam dir: anem a esmorzar a la Bassa Redona! Així, ens preguntaven:

- Teniu permís dels pares? Això està a més d'una hora de camí!

– Clar que sí –va respondre sempre Àngel amb cara de por.

–I ens han preparat l'esmorzar les nostres mares –deia Toni més decidit mostrant la seua coixinera.

No sabia què ens trobaríem amb hòmens coneguts per ací.

– Ara li ho diran a mon pare i acabaré cobrant –va témer Àngel.

– Potser –apuntava Toni. Però no hui, i a la nit ja estarem en casa sans i estalvis i voran que no ens ha passat res!

Els meus pares no toleren que els mentisca i cobraré segur.

-Uha! -va dir Toni. De quatre carxots tampoc et moriràs... Mireu figues! Anem a collir-ne!

Xarrant i caminant arribarem a la bassa sense cansar-nos. Allí trobarem el tio Pere, el pastor i oncle de Toni, que estava abeurant les seues ovelles:

–Què feu ací, rodets? Ho saben en casa que esteu tan lluny del poble?

–Hem dit que faríem una excursió i han dit que bé, sí, ens han donat permís.

La veritat és que esta excursió em costarà molt cara, no seran quatre carxots, no! No em deixaran eixir de casa d'ací a Nadal i, a més a més, el sermó de cada dia de ma mare –rumiava Àngel.

– Este Àngel és un cagat –pensava Toni. Si vols fer alguna cosa, si en portes una de cap, l'has de fer! Si venen castics o no en venen, això serà un altre dia, ara toca passar-ho bé!

La Bassa Redona marcava el final dels camps de cultiu i el principi de quilòmetres i quilòmetres de pinars: La Selva, com ens la imaginàvem nosaltres! D'ara en avant pins, alguna carrasca, argilagues, romaní, murta i llentiscle on s'amagaven –això créiem– conills, perdius, fardatxos, potser alguna rabosa i esperàvem no trobar-nos cap porc senglar, eixos sí que feien por!

Passada la Bassa Redona vam caminar una estona llarga per terreny de lloma pedregós, cobert d'arbres i matolls.

–Aneu espai amb les argilagues –deia Àngel.

I així, caminant per sendes vam arribar al riu en un lloc on corria entre parets naturals de pedra, entre pedres gegants –les roques de l'ofegat que deien els vells per fer-nos por!– on els mateixos arbres que arribaven a la vora feien sentir que estàvem en un lloc verge, on l'aigua s'amansava, però n'hi havia molt de toll.

– Anem i tirem-nos al riu de dalt de la pedra! –va dir Toni.

No era un lloc de cultius; cap adult a la vista podia controlar-nos, allò era vida, allò era sentir-se lliure, nosaltres sols enmig de la selva!

Toni va pujar a la pedra, però Àngel i jo, més prudents, vam entrar al riu a poc a poc des de la vora. L'aigua freda

ens va estimular l'apetit, per si no estàvem ja prou afamats i, en eixir de l'aigua, vam disposar ràpidament del menjar que portàvem.

Passat un temps ja menjats, beguts i secs, ens vam vestir i vam començar a caminar cap a casa per on deia Toni:

–És una drecera, ja voreu i no caldrà caminar tant com per a vindre.

I ja ho crec que ho vérem, ens perdérem!

Serà per ací... i al cap de dos minuts. No! Serà per allà!

I allà que anàvem. Ja era poqueta nit i Àngel ja anava mig plorant. Vam tenir molta sort quan Jeroni el Tort, pescador de canya, ens va sentir i ens pegà un crit:

–Què feu perduts? Aneu cap a casa!

–Això volem però, per a on?

–Agafeu eixa drecera i no la deixeu –digué assenyalant un canyar per on s'endevinava el principi d'una senda.

De seguida vam trobar un camí que anava dret al poble i, sense deixar-lo, vam arribar xino-xano en una hora i mitja.

Tocaven les deu de la nit quan vaig entrar a casa. Els meus pares ja s'havien assabentat de les mentides que els havíem contat els tres, així és que la rebuda va ser bona, de les que no s'obliden en la vida. Per a Toni i Àngel va ser pitjor encara; a Toni li van calfar l'esquena, però d'això no vaig a dir res ara, pot donar per a una altra història un altre dia.

González Álvarez, Josefina

Recordando a Don Quijote

Se acercaba el cumpleaños de Yago y sus abuelos habían decidido pasar unos días en una antigua casa rural, propiedad de la familia. Prepararon el equipaje y se pusieron en camino, dirección a Madrid desde Alicante. Llevaban un buen rato viajando en el coche, escuchando música y charlando cuando Yago gritó:

–¡Abuelo, abuela! ¿Qué es aquello?

Molinos eólicos dibujaban un paisaje espectacular a ambos lados de la carretera a pleno rendimiento.

–Abuelo, ¡parecen cuchillos gigantes girando a tal velocidad que podrían lanzarse sobre el coche y aplastarnos!

–No te preocupes, Yago, esos molinos, hoy que hace mucho viento, transforman la energía de su movimiento en energía eléctrica.

El abuelo aprovechó la ocasión para informarle, de manera adecuada a su edad, sobre ello.

–¡Dan miedo! –dijo Yago.

Al cabo de un rato la abuela le comentó:

–Prepárate para ver otro espectáculo.

Así fue como un mar metálico cubrió el horizonte.

–¡Parece que el campo quiere protegerse y se ha llenado de escudos, abuela!.

–Pues bien, esos escudos transforman la energía del sol en energía eléctrica también. –el abuelo continuó dándole información.

Por fin, llegaron a la casa, descargaron las maletas y la abuela abrió la puerta. Era la primera vez que Yago la visitaba.

–Mañana llegarán tus padres, con sus amigos y con los tuyos y celebraremos tu cumpleaños.

Los abuelos se dispusieron a colocar el equipaje mientras Yago inspeccionaba la casa abriendo las puertas.

–Abuela, esta puerta no puedo abrirla.

–Ahora busco la llave.

La abuela la abrió y Yago contempló con admiración una habitación con sus paredes cubiertas de libros: enciclopedias, diccionarios, novelas, cuentos antiguos... y la abuela le relató historias y anécdotas sobre lo que iban encontrando. El cumpleaños fue un día para el recuerdo. Tuvo muchos regalos, sopló las velas, cantaron el cumpleaños feliz, hicieron una excursión por los alrededores contemplando el paisaje, jugaron entre los viñedos, rieron y se divirtieron mucho.

Pasados unos días, el abuelo le propuso leer una edición infantil del libro *Don Quijote de la Mancha* que le habían regalado. Terminaron de leerlo y Yago le dijo al abuelo:

–El “Caballero de la Triste Figura” no estaba loco, yo creo que fue un visionario. Acuérdate de los monstruos eólicos y los escudos de aquel ejército que él vio y tú me has contado que allí antes había rebaños de ovejas. Y qué decirte del mago a quien le echó la culpa de la desaparición de los libros que habían quemado el cura y el barbero por ser motivo de su locura. En mi casa y en las de mis amigos no hay habitaciones con sus paredes llenas de libros, solamente lo he visto aquí.

El abuelo se quedó pensativo:

–Empiezo a creer que podrías tener razón y un “mago digital” los ha hecho desaparecer. Hoy podríamos salir de aventuras, no ya por tierras manchegas sino por el mundo entero, y no tendríamos necesidad de un escudero como Sancho que nos acompañase, pero sí de un entendido en el manejo de este nuevo Rocinante, el móvil, que nos armase tal cual caballero andante digital.

Y a través de las ondas podríamos encontrar una dama o un caballero de quien enamorarnos, transformar ventas en castillos, nombrar gobernadores de unas islas, espacios de nuestro tiempo, a conocidos y desconocidos...

El abuelo siguió con sus reflexiones:

–Don Quijote salió a hacer el bien y se enfrentó a lo que hiciera falta en sus divertidas aventuras. A través de las ondas podríamos hacer lo mismo, pero también crear mucho mal, y caer en la necesidad de una ayuda psicológica, pues un amigo “bachiller Sansón” no podría echarnos una mano.

La tristeza se reflejaba en la cara de Yago. Él estaba deseando tener la edad para este nuevo Rocinante. Y el abuelo se dio cuenta:

–Bueno, con cuidado e información podrás cabalgar con este nuevo Rocinante. Bien, vamos a ver qué día hace hoy.

Se acercaron a la ventana. De pronto, una sonrisa iluminó la cara de Yago:

–¡Mira, abuelo, allí, en el campo hay robots recogiendo las uvas de los viñedos!

–¿Dónde? ¡Yo no los veo! Me parece que te está pasando lo que al hidalgo.

Y los dos rieron a carcajadas.

–Creo que también vas a ser visionario, Yago. La inteligencia artificial podrá crear agricultores, cirujanos, constructores, ejércitos y todo tipo de máquinas que realicen tareas humanas. No sé si el mundo será víctima de la nueva tecnología o se creará un nuevo futuro. Espero que la inteligencia artificial pueda crear caballeros andantes que salgan a hacer el bien y con éxito. Espero



también que, entre otras cosas, acaben con las malditas guerras.

Fue ese el momento en el cual el abuelo y el nieto se fundieron en un fuerte y cariñoso abrazo.

Latorre Sánchez, José Antonio

Los Pacos

Antes de los alegres días en que Los Pacos se instalaron en casa, a mí mi padre nunca me había regalado nada, y que yo sepa, a mi madre tampoco. Pero a la vuelta de sus dos últimos viajes de trabajo, entró con una sonrisa que no le habíamos visto en la vida y dos paquetes cada vez, uno pequeño con un perfume para mamá y otro más grande con un perro de peluche para mí. Algo había cambiado y no sabíamos qué era. Él no se daba cuenta de que traía la cara del que necesita que le perdonen por algo, pero mi madre y yo sí.

Cuando me trajo el primero le puse de nombre Paco y, al juntarse los dos, pasaron a llamarse los Pacos. ¡Menudo par! Y vaya saltos de alegría daban la primera vez que se encontraron: pusieron la casa patas arriba. Mi padre, que antes nunca se había parado a explicarme nada sobre el tema, me contó que eran dos Huskys siberianos y que venían de tierras muy frías, así que para ellos no hacía falta ni manta ni calefactor que valiera. Uno tenía el pelo marrón y blanco y el otro gris y blanco. Los pusimos en un cesto de la ropa que mi madre ya no usaba. Mantenían sus cabezas asomadas por el borde para fisgonear todo lo que pasaba en mi habitación. No dormían nunca. Siempre estaban al acecho, yo pensaba que debían ser

dos perros buenísimos para cazar lo que fuera, porque no se les escapaba detalle de lo que sucedía a su alrededor.

Una vez hasta me los llevé al jardín, porque se había visto a veces algún ratoncillo correteando por el césped, pero no tuvimos suerte: ese día no apareció ningún roedor. Seguro que no salió ninguno porque estaban los Pacos allí, que los ratones tampoco son tontos, y saben que de haber salido, seguro que los habrían cazado, tan atentos estaban, los dos en tensión con una pata apoyada en el borde del cesto, dispuestos a saltar a la menor ocasión. Todo iba estupendamente bien, hasta que un mal día nos visitaron mi prima Carlota y mi tío. La pobrecita estaba muy, muy enferma. Pasaba mucho tiempo en el hospital. Se hacían payasadas cuando ella estaba delante, para que no estuviera nunca triste, pero de lejos se veía que la cosa no iba bien. A mi no querían decirme lo que le pasaba. Llevaba siempre un pañuelo con dibujos de unos animalitos muy salados en la cabeza, antes era pelirroja pero ahora se había quedado sin pelo y estaba muy flaquita. Carlota sólo tenía ocho años, no como yo, que ya había cumplido diez. Entre otras cosas, por eso no quería jugar con ella a nada.

Así que huyendo de ella me metí en mi habitación un momento, con ganas de ver a los Pacos, y ella se coló detrás de mí. No tenía que haberla dejado pasar, pero los descubrió mirándola con descaro desde el borde del cesto y se quedó patidifusa:

—¡Qué peluches más bonitos, primo! ¡Qué bonitos! ¿Tú me los regalarías, para que me hagan compañía cuando tenga que estar en el hospital? Cada vez que voy allí lo paso muy mal...

Y pasó lo que no había pasado nunca, los Pacos se escondieron dentro del cesto por primera vez desde que estaban en casa. A lo mejor no querían ni oír lo que iba yo a contestar a mi prima, pero, por supuesto, le dije que no. ¿Cómo se le pudo ocurrir que yo podría deshacerme de ellos?

—Primo, ya ves que estoy muy malita. ¿No me quieres hacer el favor, que me hace mucha ilusión? Mira, yo creo que me están engañando y me voy a morir pronto. Te prometo que cuando me muera, mi padre te los devolverá.

Quien al final iba a morirse era yo, pero del fastidio. Los Pacos se olieron que había riesgo de que yo al final pudiera flaquear y decidieron salir al rescate, se asomaron como si nada hubiera pasado y negaban con las cabezas con fuerza. Así fue como yo puse cara de pena y le volví a decir que no a mi prima. Éramos un equipo.

Carlota salió de mi cuarto endemoniada total, llorando y gritando porque yo no quería darle los Pacos. Todos dejaron de estar alegres en ese mismo momento, como si ya no tuvieran que disimular por lo enferma que estaba. Cuando mi tío y ella ya se habían ido, mi padre entró en mi habitación mirándome como si yo fuera lo peor del

mundo y me dijo que estaba muy mal lo que había hecho: todos teníamos que ayudar a la prima. Me exigió que, al día siguiente nos iríamos los dos a casa de mi tío y yo le iba a regalar a la niña los Pacos. No me quedaba otra. Mi padre estaba tan ofendido que salió olvidando el móvil encima de mi cama; un hecho insólito, teniendo en cuenta últimamente mi padre no soltaba el teléfono ni cuando iba al váter.

Yo me quedé chafado; miraba a los Pacos para ver cómo les afectaban tan malísimas noticias y me sorprendió comprobar que no me hacían ni caso. Los dos tenían los ojos y el hocico apuntando al móvil de mi padre, tensos, como si estuvieran señalando una perdiz justo antes de que empezaran los tiros. Los Pacos saltaron del cesto a la cama y se pusieron a tocar con las patas en la pantalla, pero no consiguieron ni siquiera que se iluminara, así que se volvieron hacia mí, a la vez que señalaban al trasto, reclamando mi atención. Yo sí que sabía cómo funcionaba el móvil de mi padre. Ahora ya no me dejaba tocarlo, pero hace tiempo me ponía juegos cuando no quería que les molestara... ¡Vete a saber por qué! Trasteé unos minutos con él y tuve ocasión de ver unos mensajes de los que solo se ven en las películas de amor, de las que da vergüenza verlas de lo tontas que son. En eso entró mi padre más alterado aún que antes, me arrancó el móvil de las manos de un repelón y sin decir ni media palabra, se dio la vuelta para salir de nuevo. Pero yo no lo dejé que se fuera.

—Papá, ¿quién es Verónica?

Se le cayó el móvil al suelo. Mientras lo recogía, se daba tiempo para contestar. Cuando volvió a ponerse en pie, los Pacos y yo le mirábamos a los ojos, esperando una buena respuesta:

—¡Ah, Verónica! Es la enfermera que siempre atiende a la prima cuando está ingresada en el hospital. Es una chica muy amable.

La respuesta no estaba mal. Era más o menos la que esperábamos. Mis perros lo habían cazado: lo teníamos. Sólo faltaba terminar de convencerlo a él también de que lo habíamos pillado. Por si no se había enterado.

— ¡Amable! ¿Qué quieres decir? ¿Que se le puede amar?

Se lo había preguntado en voz baja y con una media sonrisa totalmente inocente, aprendida de Carlota hacía sólo unos minutos. No necesitó más. Se volvió de espaldas, para que ni yo ni los Pacos viéramos lo colorado que se había puesto, que ya lo habíamos visto de todas formas, y me dijo:

—Pensándolo bien, no te voy a obligar a regalarle los peluches a la prima Carlota. Ya veré yo de comprarle otros iguales, si los encuentro. No le digas nada a tu madre de todo esto, yo se lo contaré. No quiero que se apene más con esta historia.

—Tranquilo papá, no le diremos nada. Los Pacos y yo somos gentes de fiar.

Lillo, Rafaela

Y va de cuentos

Anoche tuve un sueño irracional e impropio de mis años, aunque eso no es nada extraño ya que la falta de lógica suele ser una particularidad de los sueños. No sé lo que Freud podría interpretar si me tuviese a su alcance, pero yo pienso que la culpable es mi nieta, que me tuvo toda la tarde repitiendo las mismas historias, una y otra vez, y también Carmen Martín Gaité y su *Capercita en Manhattan*, un libro encantador que he acabado de leer hace unos días. Mi sueño, por lo tanto, va de cuentos.

Soy una niña de unos nueve o diez años. Es de noche y me encuentro en el Parque de Canalejas, un paseo céntrico de Alicante, mi ciudad. Ando desorientada, perdida, porque aquel parque conocido y transitado a menudo por mí, se va transformando en un bosque de árboles todavía más inmensos que los impresionantes ficus que posee. Las ramas se abrazan formando umbrosos corredores y todo el ambiente se altera hasta hacerse irreconocible. Colgada de mi brazo llevo una cesta roja, llena de libros, que he de llevar a la escuela. Oigo cantar un pájaro y veo luces amarillas que se encienden y se apagan entre las hojas, y tres lunas verdes que ríen como locas. Siento miedo y comienzo a correr desesperadamente como si me fuese en ello la vida. La capucha de mi capa se engancha en una rama desnuda

y se desgarran. Grito, pero no consigo que ningún sonido salga de mi boca.

De pronto todo cambia. Voy cantando y saltando por un sendero estrecho. A mi lado camina un ser de orejas grandes y puntiagudas. Es un hombre lobo de ojos tristes que me acerca un libro en el que aparecemos ambos en la portada. Lo miro interrogante, pero ante mi asombro, el que me mira es un despanzurrado y lloroso espantapájaros que me pide algo que no entiendo. El sol luce con fuerza mientras subo un cerro. Culminando la cima, aparece una mansión almenada en la que brilla un letrero de color azufre, “Castillo de irás y no volverás”. Sobre una torre, canta una mujer muy hermosa. Viste una túnica blanca y lleva el pelo trenzado como yo, pero tan largo que llega al suelo.

Un fuerte viento bate con furia, y las hojas se arremolinan y danzan en círculos de polvo. Sin saber cómo, me veo atravesando nubes que prenden su algodón en mis trenzas. He cruzado el océano y allá abajo distingo la mancha de un parque inmenso, parece el Central Park con su río Brooklyn agobiado de tráfico. La boca inflada del viento me empuja hacia un ogro que se yergue algo más hacia el sur y, al acercarme, me doy cuenta de que no es un gigante sino una giganta de piedra. Una ráfaga me ciñe la cintura y me deposita velozmente sobre su cabeza adornada con una puntiaguda diadema de princesa. Cierro los ojos asustada. Al abrirlos, observo atónita a un conejo blanco que lleva un reloj de bolsillo

enorme en sus manos enguantadas y que da vueltas y vueltas, a gran velocidad, alrededor de aquella enorme corona que luce la dama. Yo lo persigo:

-Señor conejo, señor conejo -le grito. Se le han caído los guantes.

Él solo responde:

-No ves, no ves, que son más de las tres; me voy, me voy, me voy.

Y desaparece por los ojos móviles y profundos de la estatua. Lo llamo de nuevo con todas mis fuerzas, pero esta vez observo maravillada que mi garganta en vez de emitir sonidos, va liberando una serie de letras de todos los colores, que danzan y se entremezclan formando palabras, que a su vez giran, se rechazan, o se atraen hasta juntarse y formar desatinadas frases: “El soldadito de las nieves”, “La cenicienta y los seis criados”, “Alicia y el gato con botas”, “Los tres pelos de Alí Babá”. ¡Son títulos equivocados de cuentos! Hago un esfuerzo para corregir aquello, pero sólo consigo que fluyan de mi boca palabras muy raras: Napretep, Ochinip, Oticnabrag, Dabmis. Una me llama especialmente la atención: Sotneuc. Es de color rojo intenso. De cada una de sus letras van creciendo ramas y ramas hasta convertirse en un profundo bosque que tira de mí para engullirme. Sentado en la nariz de la gigantesca estatua me mira con su sonrisa cruel y sardónica, el gato de Cheshire. Hace señas para que me acerque, pero es imposible llegar

hasta él: se aleja, se aleja... y alarga hasta lo inverosímil el rictus de su boca, mientras yo me hundo en la profundidad de un pozo de hojas.

Y esto ha sido todo. ¿Piensan ustedes que debo contar el sueño a mi psicoanalista?

Molina Alcaide, Teo

La despedida

Begoña caminaba al lado de la cama de ruedas que empujaba un enfermero; llevaba entre sus manos la derecha del paciente, lo miraba con ternura y le sonreía sin cesar:

– Ya verás cómo todo sale bien, papá. ¡Ánimo!

Llegaron a las puertas del quirófano.

– Hasta aquí, señorita –le indicó el enfermero.

La joven besó dulcemente a su padre y se quedó mirando hasta que las puertas se cerraron. Con paso lento caminó a la sala de espera e hizo ademán de sacar de su bolso un paquete de cigarrillos.

– ¡Qué estúpida! –pensó. He prometido dejarlo, éste no es el lugar, y además no tengo cigarrillos.

Había dos familias en la sala. Saludó y sacó de su amplio bolso un periódico doblado por la mitad. Intentó leer los titulares: “Noticias Parlamento Europeo”, “Paquete bomba dirigido a periodistas”, “Entierro de la mujer atropellada por su exmarido”, “Euribor por las nubes”... Pasó las hojas rápidamente hasta que llegó a algo que le interesaba. Se detuvo un par de minutos y cerró el diario; no podía concentrarse. A su padre lo estaban operando, estaba corriendo un serio peligro, ella estaba nerviosa y

no podía hacer otra que esperar. ¡Qué sensación de impotencia!

Paseó por la sala; se detuvo ante la ventana y miró al exterior. La primavera aún no había hecho eclosión, a pesar del calendario. Vio pasar una pareja joven haciéndose caricias; pensó en Jordi, que no había podido acompañarla. Miró su reloj:

– ¡Qué relativo es el paso del tiempo! –pensó. Sólo han pasado diez minutos y a mí me parece una hora.

Le vino al pensamiento la cinta de audio que le había entregado su padre antes de salir de casa; días antes le había pedido prestada una de las grabadoras que ella utilizaba para su trabajo. Pensó en su madre, muerta en accidente hacía varios años. ¡Cómo la echaba de menos! Siempre, pero especialmente ahora. Su padre tendría más ganas de luchar, si ella estuviese. Se sentó de nuevo, entornó los ojos y se distrajo momentáneamente.

[Principios de los años sesenta]

La chica no había visto nunca el mar. Era de interior, de secano, decía ella. A lo más que había llegado era a bañarse en una alberca de riego que había en la viña de su abuelo; distaba ésta unos cuatro km. del pueblo y hasta allí iban andando ella y sus hermanos para traer una buena cesta de uvas y brevas y darse un baño. Sólo conseguía flotar a medio metro del borde de la alberca, pero le encantaba, y tanto ella como sus hermanos habían gozado mucho de niños con estas excursiones, a

pesar de la caminata y del peso transportado en el camino de regreso.

Ahora tenía la ocasión de conocer el mar. Era obligatorio, para obtener el título de la carrera y hacer oposiciones, un curso de instructora y éste, en régimen de internado, se realizaba en una ciudad marítima. Ella y sus compañeras habían salido por la mañana de la capital de su provincia en un tren con asientos de madera, cuyos perfiles vistos desde el pasillo semejaban un conjunto de guitarras invertidas. Ahora estaban en otra ciudad de la misma región esperando tomar otro tren al que también se unirían más estudiantes, procedentes de una tercera provincia. Tenían un par de horas libres y callejeaban por la ciudad. Hacía un calor sofocante en un día de los albores de agosto. Casi desiertas las calles, era hora de siesta, alguien sugirió: “Vamos a la estación; allí hay más ambiente” y casi todas se apuntaron.

Instaladas ya en el tren que finalizaría su viaje, emplearon el tiempo en conocerse y gastar bromas. Poco antes de partir, llegó otro que se situó paralelamente en la vía inmediata. Un alboroto de voces y gritos hizo que se asomaran a las ventanas. Las del segundo vehículo estaban repletas de jóvenes cabezas varoniles. Se estableció un diálogo a voces entre los ocupantes de ambos trenes.

– ¿Dónde vais, lindísimas damas?

– Al albergue de la Sección Femenina ¿Y vosotros, guapísimos caballeros?

– A las Milicias Universitarias. No estamos lejos; os buscaremos los fines de semana ¿vale? ¡No quedéis con nadie! ¡Esperadnos!

– ¡Claro, claro! ¡Adiós! –y se lanzaban mutuamente besos con las manos.

A Marcela, “la chica de secano”, aquella familiaridad con el género opuesto, aunque fuese a distancia, le sorprendió; las muchachas de su entorno eran menos lanzadas. El tren se puso en movimiento y todo volvió a la normalidad. Ella viajaba en el último vagón; el tren era lento e incómodo y al cabo de un largo rato salió con otras chicas a la parte posterior, que estaba descubierta y formaba una especie de balconcillo. Los raíles y las piedras que formaban el camino del ferrocarril parecían huir velozmente, pero el viaje se hacía interminable. Después de algunas horas, el olor salino denunció la proximidad al mar, pero el tren se alejó de su orilla y, como el Colegio Menor que haría de Albergue estaba alejado de la zona marítima de la ciudad, se quedó sin poder contemplarlo.

Las habitaciones con literas eran de ocho. Los aseos y duchas estaban fuera. Casi todas sus compañeras se conocían, ya que estudiaban los cursos oficiales en la ciudad; pero Marcela estudiaba por libre y no recibía clases de nadie. Se acostó temprano; quería levantarse

apenas hubiera luz, para poder estudiar; deseaba terminar la carrera lo antes posible; ya le quedaban pocas asignaturas. Cerró los ojos, tocaron silencio y fingió dormir, mientras sus compañeras hablaban; también sobre ella:

– Parece una buena chica; muy educada y formal.

– Yo no me fío demasiado, y si me oye me da lo mismo. Ya veremos cómo nos sale; al menos nosotras nos conocemos bien.

La vida allí era castrense: A toque de sirena, había que levantarse; una hora de gimnasia; misa que, aunque no era obligatoria, nadie se atrevía a faltar; antes del desayuno en el comedor, salmos (una especie de recitado musical); clases de Formación Política y del Espíritu Nacional; disciplinada y vigilada comida; un rato de descanso; otra vez las clases; reparto de merienda y, a última hora de la tarde, casi al anochecer, largos ensayos musicales en el patio: salmos, cantos religiosos en latín y canciones regionales polifónicas. A esa hora, los mosquitos, que proliferaban en esa ciudad por los próximos humedales, se dejaban caer sobre las chicas, glotonas de sangre joven. Si alguien se movía para espantarlos o rascarse, era severamente amonestada y amenazada con el suspenso. Las chicas vestían como uniforme falda roja y blusa blanca; cuando se movían, semejaban un prado de amapolas, movidas por el viento; a los pocos días, muchas tenían las piernas tan rojas como sus faldas, por las picaduras de mosquitos.

Llegó el primer domingo y les dieron el día libre. Todas acudieron en tromba al puerto para tomar el barco que llevaba a la playa, distante varios kilómetros; era un puerto fluvial de ría. Agosto y festivo, las colas para tomar el barco eran enormes. Marcela y sus compañeras estaban detrás de unos chicos y en seguida trabaron conversación. Una vez instaladas en una canoa (así le llamaban allí, aunque se trataba de un barco bastante grande), se expansionaron: charlaron, contaron chistes, rieron y cantaron, cantaron mucho; pero nada de lo ensayado en el albergue, sino canciones populares o las de moda, de rabiosa actualidad:

– *Yo tengo un gran amor en el Hawái, mi corazón está en Honolulu...* –cantaban entusiasmadas y hacían mímica y contoneos.

Los demás pasajeros estaban encantados, pues además de un viaje hermoso disfrutaban de animación gratis. Un matrimonio extranjero señalaba disimuladamente a una de las muchachas, especialmente hermosa. ¿Buscadores de modelos o estrellas? Marcela era discreta, especialmente en ambientes no familiares, pero la música era lo suyo: tenía una voz agradable, un oído estupendo y un repertorio muy extenso; de modo que ella empezaba casi siempre la siguiente canción y se quedaba casi sola en las menos conocidas:

– “Esta chica es el ruiseñor de la canoa” –comentaba un señor.

– *Adiós, ya me voy* –comenzaba Marcela y seguían las demás. *Al puerto donde se halla la barca de oro que debe conducirme; yo ya me voy; sólo vengo a despedirme...*

Fernando miraba a la chica a hurtadillas, mientras charlaba con sus amigos. Se animaban mutuamente a establecer contacto con las muchachas; Rubén, más decidido, se acercó.

– ¿Qué tal si formamos un grupo mixto y tenemos un buen día de playa? Me llamo Rubén y aquellos son mis amigos Fernando, Tomás y Julio.

Las chicas asintieron y el continuó:

– Venid, amigos; las niñas traen comida.

Todos rieron. En la playa engrosaron el grupo con dos muchachos de piel negra, que enternecieron a las jóvenes por su candidez. Lo pasaron genial. Algunas noches las chicas del albergue recibían serenatas, que a ellas les encantaban, pero provocaban ruidosas quejas por parte del vecindario. – ¡Marchaos, gamberros! Queremos dormir; mañana tenemos que trabajar –gritaban.

La fiesta acababa, cuando las amenazantes voces de los Mandos de Albergue tronaban por los pasillos y todas se sumergían en las literas precipitadamente. Fernando y sus amigos eran algunos de los músicos cantores de las serenatas. Se veían con las chicas en la canoa o en la playa y entre ellos surgieron amores. Fernando se enamoró de Marcela y el día de la despedida le dijo con

emoción que la amaba, que la buscaría y no la olvidaría jamás.

Begoña llamó al timbre sin mucho convencimiento y esperó vacilante con ánimo de salir corriendo. Abrió una adolescente espigada y pizpireta:

– Hola –dijo. ¿Qué quieres?

– ¿Vive aquí una señora llamada Marcela, Marcela Medina? –preguntó Begoña.

– Sí, es mi abuela; he venido a estar con ella un rato, y de paso a que me eche una mano con las Mates.

– ¿Puedo verla? –continuó la joven.

– Nana, una chica pregunta por ti –gritó la nieta.

– Voy, Alicia –se escuchó.

Apareció una señora menuda, de andar ágil y ligero, aspecto agradable y edad indefinida.

– ¿Desea algo de mí, señorita?

– Verá, señora; mi nombre es Begoña y vengo a traerle un encargo, ¿puedo pasar?

– ¡Claro, por favor! –hizo un suave gesto de introducción.

Se sentaron en el saloncito junto al ventanal que daba a la calle. La chica explicó:

– Lo que traigo es un audio de parte de mi padre, que está en el hospital; su estado es muy preocupante tras una

repentina y complicada operación. Antes de salir de casa me encareció que concluyera la indagación de su paradero y se lo entregara. Me dijo que se conocieron hace tiempo.

Marcela se quedó muy extrañada y preguntó:

– Pero, ¿cómo se llama su padre?

– Fernando Vázquez.

Entonces lo comprendió. Begoña añadió:

– Si fueron ustedes buenos amigos y tiene a bien visitarle, quizás supondría para él una dosis de energía, pues no tiene el apoyo de mi madre, que nos dejó hace algún tiempo. Está en el Hospital Universitario.

Charlaron un poco, animadas por la curiosidad y por las preguntas de la nieta. Marcela le ofreció tomar algo, pero Begoña se excusó, alegando que tenía mucha prisa por regresar junto a su padre. Cuando quedó sola Marcela escuchó la grabación; con la música de fondo de aquella canción del lejano verano *Adiós, ya me voy*, la voz cálida y emocionada de Fernando decía:

– Queridísima Marcela, siempre has estado en mi mente y en mi corazón, aunque nunca haya podido expresártelo. Mis circunstancias familiares y profesionales me alejaron de ti, sin posibilidad de buscarte, como te había prometido. Perdóname; pero siempre te he amado. No quisiera partir de esta vida, sin decírtelo y sin enviarte un inmenso abrazo de despedida. Los momentos que

pasamos juntos fueron de los más felices vividos por mí. ¡Cuánto los he añorado! ¡Adiós, cariño, adiós! Tuyo siempre, Fernando.

Esa misma tarde Marcela fue al hospital. Emocionados, Fernando y ella se fundieron en un abrazo. Él tomó impulso y vivió aún unos meses, que fueron felices. Murió tranquilo, acompañado y rodeado de amor.

Mollá, Lola

De repente: una ratonera

Como cada día, María, nuestra protagonista se disponía a salir de casa, sin tener muy claro qué hacer. Ella siempre había sido una mujer muy activa pero, cuando llegó el momento de la jubilación, se desubicó. En realidad, tenía una cita cada día con la calle. Eso le daba la vida, respirar, sentirse viva, es lo que le motivaba a salir. Nunca supo el por qué, ni cómo, alguien que no conocía de nada le llamó por teléfono. Ni tampoco supo por qué ese día el teléfono sonó si siempre lo tenía apagado.

– ¿María? –preguntó una voz masculina.

– Sí, soy yo. –contestó María. ¿Quién es? ¿Por qué me llama?

– Mire –contestó la voz. Acaba de ser seleccionada para representar a su ciudad en un concurso.

– ¿Un concurso? –respondió extrañada María.

– Escuche, sabemos a ciencia cierta que usted pasea cada día por su ciudad. Pensamos que la conoce muy bien y podría representarnos en el *Concurso de Ciudades* que se organiza cada cierto tiempo –siguió hablando la voz.

– Siento mucho no poder participar –respondió María. No me encuentro capacitada, pero sobre todo no sabría qué

exponer de nuestra ciudad. Desde hace algún tiempo, tengo la sensación de que nadie se ocupa de ella.

– ¿Por qué dice esto?

– Verá, Señor mío... –María no sabe el nombre de la persona que le ha llamado. De repente, un día, decidieron empezar unas obras en el centro de la ciudad casi sin avisar y sin planificar. Se interrumpió la circulación en unas vías indispensables para el desplazamiento de las personas. Toda la ciudad se convirtió en un caos de circulación. Tuve la sensación de que nos habían enjaulado. No sabíamos cómo salir del embotellamiento.

– Me vino a la memoria un hecho que ocurrió hace unos años. En la autopista A7 un accidente de un camión paralizó el tráfico. Era un lunes por la mañana temprano. Nadie avisó del accidente. Se podía entrar en la autopista, pero, a los pocos metros de la entrada, había una enorme cola de coches parados en la autopista, sin poder ni saber cómo salir. Era como si se estuviera enjaulado. Un embotellamiento colosal que dejó atrapados a muchos ciudadanos y ciudadanas dentro de sus coches, sin poderse mover. –continuó María. ¡Qué sensación de impotencia, debieron sentir las personas atrapadas! Alguien que había sufrido la situación la denunció por la radio y los responsables de la autopista le dijeron que se lo estaba inventando. Ante tal respuesta no es difícil imaginar la cara que pondría la persona que había visto a la gente desesperada en la autopista sin saber qué hacer.

– Mire Señor mío, le agradezco mucho su invitación, pero no me atrevo. En estos momentos, decir algo bueno de mi ciudad... ¡Uf! El tráfico es un caos, la limpieza brilla por su ausencia, los autobuses tardan mucho en pasar por la dificultad de circular, para qué seguir... –prosiguió María.

– Pero, María, usted sentía cierta curiosidad... –insistió.

– Le voy a hacer una proposición y me dirá qué le parece. ¿Por qué no me llama dentro de un tiempo y le cuento cómo veo la ciudad en ese momento?

– Señora María –contestó la voz. Me ha parecido muy sensato el razonamiento que me ha contado, pero, el programa es el programa y se hace ahora, en estos momentos. No le puedo asegurar que la vuelva a llamar. Muchas gracias.

Y colgó.

Prieto Pando, Jacinto

Una jugada del destino

El agua del Mediterráneo sigue con buena temperatura para bañarse, aunque ya este avanzado el mes de octubre. Hoy, jueves por la tarde, María estaba dándose un baño cuando vio caminando por la playa a cuatro mujeres de entre treinta y cuarenta años, de las que le llamó la atención su vestimenta, pues todas iban de negro. Llevaban dos prendas: una blusa o camiseta por encima de la cintura y por debajo un pantalón o falda, caminaban descalzas llevando unos deportivos en las manos.

Le entró la curiosidad de saber a qué se debía la coincidencia de ir las cuatro vestidas del mismo color y estuvo divagando un rato sobre ello, pensaba que podrían venir de un tanatorio, hasta pensó en el lanzamiento de cenizas al mar. Le parecían las respuestas más lógicas que podía darse, pues era demasiada coincidencia que el azar las hubiera hecho vestirse igual para pasear por la playa en una tarde de calor. Pensando en ello las vio alejarse por la orilla del mar y continuó bañándose en un agua bastante caliente para estas fechas. Cansada ya de nadar llegó el momento en que decidió salir del mar y acercarse al lugar de la playa donde solía dejar la toalla y la ropa para cambiarse, así como también las sandalias de goma. Estando ociosa en la arena vio a lo lejos volver

a las chicas vestidas de negro, venían de dos en dos hablando animosamente y con ellas regresó su curiosidad por saber cuál era la razón de vestir las cuatro esas prendas oscuras. Al pasar próximas a ella, con un andar pausado, pudo comprobar que estaban bien maquilladas y recientemente peinadas, sus rostros no denotaban la tristeza de los funerales, se las veía alegres pero concentradas en el paseo, como contenidas. María fue andando detrás de ellas por la arena, las siguió un rato, no tan cerca para escuchar su conversación. Como no se atrevía a preguntarles por su vestuario similar, pronto regresó a su pequeño campamento de la playa para seguir con su rutina de quitarse el bañador, vestirse con ropa seca y sacudirse la arena de los pies para irse de allí.

Ya en casa se dio una ducha rápida, sentir pasar el agua dulce por su cuerpo: le sentó bien. Descansó un rato y pronto tomó una cena ligera para irse a dormir pues al día siguiente madrugaba para acudir al trabajo. Esa noche le costaba dormir, le picaba la curiosidad y se hacía preguntas sobre las cuatro chicas: ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Adónde iban? Sola entre las sábanas, al no encontrar respuestas le abordó la tristeza, le vinieron a la memoria todas esas personas que pasaron un instante por su vida, captando poderosamente su atención y no las volvió a ver nunca más, flores de un día las llamaba y estrellas fugaces también. Haciendo

recuento de ellas y viéndolas desfilar por su mente se fue quedando dormida.

Al día siguiente el automatismo se instaló en su vida, el trabajo rutinario, la hora de comer, el baño en el mar. La única novedad que le hacía sentirse mejor era que los viernes como hoy, contaba con un par de días por delante sin la obligación de ir al trabajo. Por la tarde descansó un rato, se dio un baño en el mar, pasó por casa a arreglarse un poco y se fue a llevar los libros a la biblioteca pues se acercaba la fecha de devolución: *La buena letra* de Rafael Chirbes le había encantado y lo leyó en un día. El de Enrique Vila-Matas no lo había ni comenzado, pues tenía la letra pequeña y no le apetecía forzar la vista. El de Raymond Carver lo había ojeado a ratos leyendo alguno de sus cuentos. Se dirigió a la biblioteca, llevó el coche hasta medio camino, lo dejó en el *parking* del mercado y se acercó andando. Antes de llegar a la Casa de Cultura había una panadería-confitería donde compró un bizcocho de pistacho que estaba algo salado y le gustaba mucho. Al llegar a su destino se encontró con una fila de personas que esperaban para entrar a una actividad en el salón de actos y cuál fue su sorpresa al contemplar, pegado en el cristal de la puerta, un cartel con la imagen de las cuatro chicas que había visto la tarde anterior paseando por la playa, quienes habían despertado el monstruo insaciable de la curiosidad y alterado su tranquilidad. También en la foto estaban vestidas de negro: dos de ellas con un violín en la mano, otra con una

viola y una cuarta apoyada en un contrabajo. Se leía en el cartel: Concierto Tributo ABBA. Jueves 12 de octubre y viernes 13 de octubre a las 20 horas. Precio 6 euros. Se fijó bien en la fotografía ¡Cierto! No había duda, eran ellas las que había visto pasear por la arena y hoy daban allí un concierto, ¡Eureka! Aquel enigma se había resuelto.

María sintió curiosidad por volver a verlas y constatar con sus propios ojos la resolución del misterio que la había tenido turbada aquella noche. Se acercó al mostrador y preguntó si quedaban entradas y una conserje de pelos alborotados le respondió que sí. Después de preguntarle cuántas necesitaba, le tendió la única que solicitó. Pagó los seis euros, pensando que debía de ser una actuación subvencionada, y se adentró en la sala que estaba oscura, sutilmente iluminada por multitud de velas que tenían una luz que funcionaba a pilas y que estaban situadas estratégicamente. Consiguió sentarse en un sitio cercano al escenario que parecía estar libre, aunque no correspondía con el número de butaca que señalaba la entrada. Pronto aparecieron las mismas cuatro mujeres, iban vestidas de negro y se fijó en su calzado; en vez de los deportivos que llevaban en la mano durante el paseo de la tarde anterior, sus pies estaban cubiertos por zapatos o sandalias de color negro que brillaban a la luz de las numerosas velas artificiales.

Comenzaron a tocar viejas canciones instrumentales de ABBA cuya melodía a todos les sonaba de tiempos pasados. La chica que tocaba el segundo violín, entre

canción y canción, se encargaba de explicar un poco la historia del grupo cuyo acrónimo ABBA correspondía a las iniciales de los nombres de sus componentes, que el grupo estaba constituido por dos matrimonios, quienes lograron la fama internacional al ganar el Festival de Eurovisión en 1974, también señalaba ciertas curiosidades de los discos que contenían las distintas canciones que iban tocando. En el momento álgido del concierto presentó por el nombre y apellido a las componentes del grupo que hoy, por segundo día consecutivo y en riguroso directo, interpretaban la música de ABBA en esa localidad.

El público, en su mayoría personas mayores, escuchaba en silencio, había un ambiente apacible que, de vez en cuando, se rompía por una tos contagiosa. El concierto se alargó unos minutos con las dos últimas canciones que habían preparado para el *bis* que el público solicitaba con sus aplausos y tímidas voces de otra, otra, otra. Al finalizar el concierto María salió de la sala, ya la biblioteca estaba cerrada y no pudo devolver los libros, se los llevó a casa otra vez, dándoles así una segunda oportunidad de ser leídos hasta el día que se animara a volver a la biblioteca a cambiarlos. Una segunda oportunidad como la que acababa de vivir ella asistiendo al concierto de las cuatro chicas que habían despertado su curiosidad al pasear por la playa vestidas de negro.

Se alejó de allí pensando en las sincronicidades que alberga la vida, en cómo es el destino y las distintas

formas de interpretar el encuentro: si no las hubiera visto en el concierto, ahora y por siempre seguirían en su memoria paseando por la playa, como una ventana abierta a los enigmas sin resolver. Hoy sigue atenta a las señales que surgen ante sus ojos, con una tenue luz de esperanza que, aunque sea de vela artificial, le indica que muchos misterios tienen solución. Esa noche también tardó en dormirse pues la curiosidad le hizo entrar desde el móvil en el Facebook hasta altas horas de la noche. Se le fue pasando el tiempo mirando el Facebook del grupo primero y después de cada uno de los perfiles de sus cuatro componentes, de los que tenía algún amigo en común.

Ramos Forcén, Victoria

El caso Xaloz

Mónica López, prestigiosa abogada que, rondando los cincuenta años, tenía una fuerte personalidad. Salía del icónico edificio Intempo con sus botas altas y su boina ladeada, lo que le ayudaban a conseguir un aspecto sofisticado y juvenil. Se sentía triunfadora del rifirrafe que acababa de mantener en el piso 19, donde se ubica el afamado despacho de abogados Martínez&Pompeu. Mientras caminaba portando la cartera conteniendo las valiosas pruebas y argumentos, su mente empezó poco a poco a rastrear toda la secuencia de lo ocurrido: en su iluminado despacho, sentado de manera prepotente en el borde de su lujosa mesa, el abogado, más o menos de la misma edad que Mónica, Carlos Martínez, portavoz y defensor de PharmaControl, la esperaba atildado, con su pelo engominado y su sonrisa de superioridad. No era la primera vez que se veían las caras como oponentes de un pleito, pero esta vez, su insolencia y menosprecio habían traspasado toda línea ética entre abogados: tentarla con una importante cantidad de dinero e intimidarla con veladas amenazas.

– Mónica querida, ya me conoces, hazme caso, cuando pongas esas bonitas botas en la calle, cuida tu espalda si quieres llegar al día del juicio.

Recordando las palabras del abogado y la contundente respuesta que, aparentando un aplomo que no tenía, ella le soltó, Mónica se sintió orgullosa de sí misma, de su valentía e integridad. Sabía que tenía un caso difícil pero también sabía que era una causa justa. Estaba dispuesta a luchar por los derechos de su cliente, Lucía Sánchez, una joven de 18 años que había quedado estéril por el uso del fármaco llamado Xaloz, un adelgazante prescrito por su médico y que supuestamente tenía pocos efectos secundarios. El poderoso laboratorio, que fabricaba el medicamento, PharmaControl, había ocultado que este efecto adverso, aunque poco probable, podía ocurrir.

El juicio se iba a celebrar dentro de tres días y la abogada, resonando en su cabeza las terribles palabras “cuida tu espalda Mónica..., cuida tu espalda...”, seguía caminando, intentando desviar sus pensamientos pensando en cuál debería ser su estrategia e incluso su estilismo para el momento del juicio. Era consciente de que su aplomo pondría nervioso a Méndez, pero... ¿Y su estilismo? ¿Cuál sería el más adecuado para enfrentarse al caso más importante de su carrera profesional? Sus desordenados pensamientos sobre el tema se detuvieron bruscamente al toparse con el gran escaparate de los grandes almacenes La Rotonda. Los elementos decorativos (maniqués, globos, carteles...) reforzaban el mensaje de calidad, variedad y buen precio que La Rotonda quería transmitir a su potencial clientela. Los maniqués, colocados estratégicamente, luciendo una

gama de colores cálidos y fríos, la miraban desde adentro, transmitiéndola distintas sensaciones. Entre ellos, había uno que llamó claramente su atención por romper la armonía de colores del resto de sus compañeros. El maniquí, lucía un traje con chaqueta y pantalón de color rojo, elegante, pero a la vez informal.

– Sí, necesito un color que me transmita a mí misma y al cabrón de Méndez y al resto de la sala: fuerza, energía, empoderamiento... Sí, el rojo. El rojo evoca...vitalidad, optimismo, valor... sobre todo optimismo y valor... eso, valor, mucho valor es lo que necesito. La chaqueta me dará el toque profesional de abogada y los pantalones evitarán que el capullo de Méndez y resto de colegas juzguen mis piernas.

Traspasó ilusionada la gran puerta automática de La Rotonda y consultó su Tissot que marcaba las doce cuarenta y cinco.

– Buen momento para reponer fuerzas...las tripas me rugen... ¡Claro! He desayunado más temprano de lo habitual.

Entró en la cafetería que, a pesar la hora, algo temprana para comer, estaba prácticamente llena. Las lámparas, tipo araña de luz cálida, y varios espejos colocados aquí y allá, daban al espacio un aspecto vintage muy acogedor. Con una mirada rápida, localizó una mesa libre. Se sentó, apoyó su cartera en la otra silla, suspiró profundamente e intentó relajarse.

Mientras esperaba que le sirvieran su menú y para no pensar en las malditas palabras “Si quieres llegar al día del juicio.... Si quieres llegar al día del juicio...” se entretenía paseando su mirada por el resto de las mesas, mirando, sin ver, a los comensales que las ocupaban. Le pareció que, desde la mesa más alejada, una mujer, de cara muy familiar, la observaba. En ese momento la camarera depositó sobre la mesa la comanda que a Mónica le pareció irresistible.

Tras el reparador descanso, Mónica, se dirigió directamente hacia su objetivo: el traje pantalón rojo. Mientras las escaleras mecánicas la elevaban hacia la segunda planta, la de señoras, su cabeza repetía “hazme caso, Mónica, ya me conoces, hazme caso...”. La sección estaba abarrotada de percheros que, a su vez, estaban abarrotados de perchas que sostenían vistosas prendas de distintas tallas y colores. Los clientes pululaban por los pasillos: unos probándose la prenda elegida frente a espejos, otros rebuscando entre las perchas algo concreto o, quizás, inconcreto. Mónica, zigzagueando entre los pasillos que formaban los percheros, se sobresaltó al distinguir, al fondo de uno de ellos, otra vez observándola, la misma cara familiar de la cafetería. Por un instante, se quedó paralizada y, en su cabeza, se reprodujeron las amenazantes frases de Méndez:

– Mónica querida, ya me conoces, hazme caso, cuando pongas esas bonitas botas en la calle, cuida tu espalda si quieres llegar al día del juicio...

Instintivamente se cambió de pasillo, su corazón estaba acelerado. Llena de miedo, revisó la zona que alcanzaba con su mirada. Se tranquilizó al comprobar que la maldita mujer ya no estaba. Observó a los numerosos clientes que pululaban por la sección y que, sin ellos saberlo, con su sola presencia la estaban protegiendo. ¿Qué podría pasarla con tantos testigos presentes? Repuesta del susto, siguió a la busca de la prenda deseada. Por fin, pudo distinguir, entre las filas multicolores, el perchero del que colgaban alineados los trajes pantalón de color rojo que la ayudarían a triunfar. Rebuscó entre las perchas hasta encontrar su talla. Con su preciada cartera en la mano y el traje sobre el brazo, se dirigió hacia la zona de probadores que consistía en un pasillo alargado donde se encontraban una especie de boxes individuales, cerrados por cortinillas de color beige.

– ¡Qué suerte! Uno libre...

Con un movimiento rápido y brusco corrió la cortinilla y... ¡La mujer, estaba ahí, mirándola... “cuida tu espalda, cuida tu espalda”... Gritó y retrocedió hasta chocar con la pared. Se dejó resbalar hasta quedar sentada en el suelo. De su brazo cayó el traje rojo y de su mano la valiosa cartera. Se cubrió la cara con sus manos, temblaba, sudaba e intentaba comprender las frases atropelladas

que pronunciaban los clientes que la rodeaban y que intentaban reanimarla con improvisados abanicos,

No era la primera vez que Mónica se encontraba inmersa en una situación de estrés, por lo tanto, sabía cómo tranquilizarse y calmar su mente. Pidió a las personas que la rodeaban que se apartaran para poder respirar mejor y las dio las gracias. Lentamente fue entreabriendo los dedos de sus manos. Tras una larga y profunda inspiración, se atrevió a mirar a través de ellos. Se encontraba frente al probador en el que, momentos antes, había pretendido entrar. El probador, solo contenía un taburete y un gran espejo que abarcaba de techo a suelo.

– No, no, no me lo puedo creer...

Lloraba... reía... lloraba... reía... volvía a llorar y volvía a reír. Los atónitos espectadores, que intentaban ayudarla, no lograban adivinar si su risa era de alegría y su llanto de pena o al revés. Moviendo su cabeza hacia un lado y hacia otro, repetía:

– ¡Serás estúpida! ¡El miedo, ha sido el miedo! ¡Ha sido el miedo! ¡Méndez, cabrón, no me vas a vencer!

Frente a ella, sentada en el suelo, como ella, con la misma preciada cartera y el mismo traje pantalón rojo tirados a su lado, se encontraba la mujer cuyo rostro le resultaba tan familiar, luciendo, como lo hacía ella, una boina ladeada en la cabeza y que, como ella, la miraba a través de los dedos de sus manos.

Reolid Samper, Leonor

Nasmasté

Sara abordó su primera cita nerviosa y expectante. Conocía al yogui, pues había asistido a alguna de sus charlas, pero esto era diferente: estaba ante el inicio de su propio crecimiento espiritual, ante un momento en el que ya no habría marcha atrás. Así las cosas, agitó la campana de la entrada y apareció el monje, con amable sonrisa y apacible mirada. *Adelante*, le dijo, *puedes dejar aquí tus cosas y, por favor, descálzate*. Sara colgó sus cosas en la percha, se descalzó y cubrió sus pies con calcetines de lana, sin olvidar su manta de yoga caminó hasta la sala central. Encontró un espacio amplio, iluminado por luz natural, con grandes ventanales que dejaban contemplar un hermoso jardín cuyo follaje matizaba la potente luz solar.

El yogui la invitó a posicionarse sobre un *zafu*, lo que le permitió a Sara hacer alarde de su destreza. Intuitivamente no adoptó la posición de loto (*padmasana*), pues consideró que no entrarían directamente en meditación, y se decantó por una perfecta posición de escucha. El yogui le dijo, *Sara, cuéntame qué es para ti la mente*. Sara se ruborizó, no esperaba que fuera ella la que tuviera que intervenir. Dijo:

– Es el producto del trabajo neuronal, un proceso electroquímico complejo que afecta a la forma en que

piensas, aprendes, te mueves y te comportas. Chomsky asegura que la mente es uno de los grandes tesoros de la naturaleza y que nuestra mente posee algunos conocimientos innatos. Thich Nhat Hanh enseñaba que cuando reconoces un pensamiento puedes sonreírle y preguntarte sobre qué tierra brota. Cuando eres capaz de generar un pensamiento que va en la línea de la comprensión y el amor, ese pensamiento tendrá un efecto beneficioso sobre tu salud física y mental. Si reconocemos nuestros pensamientos negativos y no nos identificamos con ellos, alcanzamos la libertad. Existen varios enfoques sobre el concepto mente, aunque Chomsky, Thay y, por supuesto, Buda son los que más han influido en mí.

El yogui alcanzó un mando a distancia y las cortinas de la sala se cerraron, tras unos segundos se activó el temporizador de meditación. *Meditemos*, dijo. Sonó tres veces una suave campana. Fue una meditación corta de cuarenta minutos. Posteriormente tres toques de campana la dieron por concluida. Tras un pequeño espacio de tiempo ambos levantaron la mirada. El yogui indicó que el próximo día a la misma hora.

Sara acudió a la segunda sesión confiada y receptiva, tras los preparativos previos se sentaron en los cojines en posición de escucha. El Maestro preguntó, *Sara, qué es para ti la conciencia*. Sara contestó que conciencia se refiere al saber de sí mismo, al conocimiento que el humano tiene de su propia existencia. Para Buda

existen nueve estadios de conciencia. El primer estadio corresponde a la mente de una persona vulgar atrapada en sus deseos. El segundo estadio corresponde a la mente ignorante y pueril. El tercer estadio corresponde a una mente infantil y miedosa. El cuarto estadio corresponde a una mente que reconoce que el ego solo es el resultado de la interacción de aspectos psicológicos y que por tanto no hay un yo permanente. Los cinco estadios restantes no los recordaba exactamente, aunque sabía que pertenecían a niveles superiores de conciencia. Meditaron.

La tercera sesión resultó alegre, el Maestro estaba de muy buen humor y Sara se sentía cómoda en aquel espacio que transmitía tan agradable energía. El monje bromeó con referencia al mando a distancia, dijo que se habían agotado las pilas y que ya no lo usaría más. Rieron, el día estaba gris y no era necesario correr las cortinas. Invitó a Sara a posicionarse para meditación y tras unas respiraciones y un instante de quietud el maestro tocó tres sonidos de címbalos tibetanos. Una hora más tarde los címbalos volvieron a sonar.

La cuarta y última cita comenzó con una meditación larga de hora y media, tras la cual dieron por acabada la sesión. Ella interrogó con la mirada al Maestro antes de despedirse. Él le respondió con una sonrisa que transmitía compasión y confianza, y Sara percibió lo que significaba ser conciencia y percibió el aroma silvestre del

jardín, sintió la brisa suave en su rostro, sintió su respiración relajada y la caricia del sol al atardecer. Supo que todo es unidad, supo que era libre. Caminó hacia su casa al otro lado de la ciudad. El Universo entero cabía en su pecho.

Ribera Domene, Dolores

El columpio

“La catedral de Nara es un pequeño chamizo de madera situado en un bosque de altísimos cedros por el que serpentea un riachuelo de aguas cristalinas con peces de colores. El sacerdote budista me explicó que la destruyen y reconstruyen cada año para recordarnos lo efímero de la vida”.

La historia del columpio es una larga historia que comenzó en los años cincuenta. La casa del columpio era una residencia de verano de una familia acomodada; en aquellos tiempos disponía de piscina, caballos y otros lujos; y, alrededor, cincuenta hectáreas de tierras cultivadas con campos de olivares, viñedos y almendros. Enfrente de la vivienda, hay un olmo con grandes ramas que ya era viejo entonces; en una de ellas, instalaban un columpio hecho con cuerdas gruesas atadas a una rama y que sujetaban una madera; los niños de la familia jugaban allí a menudo. Al lado, con pared medianera, había otra casa grande, con techos caídos y fachadas deterioradas; ambas propiedades están alejadas de la carretera comarcal y aisladas; la finca más cercana se halla a kilómetros de distancia

Los niños de la casa del columpio vivían en un pueblo donde la mayoría de los ciudadanos eran trabajadores del campo o pequeños propietarios campesinos. La madre de familia se pintaba los labios en tonos rojos, usaba perfumes, llevaba trajes escotados y sobre los hombros estolas de piel en las fiestas nocturnas. Le gustaba mucho destacar y, a pesar de su buena situación, siempre sentía que le faltaba algo, algo material. El padre, muy afable, se dedicaba a los negocios, asistía a cacerías en temporada de veda y tenía muchos amigos en el mundo del dinero y la política; celebraba las numerosas presas capturadas y había ganado muchos trofeos de plata que exhibía en estanterías del comedor principal.

Pasaron los años y ninguno de los hijos se graduó; no pensaban en su futuro ni necesitaban esforzarse.

Un grave error de gestión económica por parte del hijo mayor causó la quiebra de la empresa de los padres y quedaron todos en la ruina, hipotecados, con deudas familiares y costumbres caras. Y, vivir con lo que más temían: “el qué dirán”. Se vieron obligados a pedir favores y solo pudieron salvar la casa del columpio gracias a la ayuda de una familiar compasiva y bienintencionada que la puso a su nombre hasta que prescribieron los delitos económicos. En aquellos años, todos los meses de septiembre, después del veraneo, otra familia formada por los padres y cinco hijos e hijas pequeños se trasladaban a la casa del columpio para la cosecha de la uva y la almendra; mientras los padres se ocupaban de la

organización, dirección y avituallamiento de las cuadrillas que residían allí puntualmente, los pequeños disfrutaban del campo y sus amplios horizontes.

Cuando se instalaban a mitad de septiembre todos los años, el columpio ya estaba roto; a veces, al llegar, se podía usar un par de días y era posible jugar con él, pero pronto las cuerdas cedían y quedaba inútil; los mayores estaban muy ocupados y no tenían tiempo de arreglarlo y los niños y niñas se entretenían con los carros, las mulas, los perros y el trajín de las cuadrillas; los mayores ni siquiera se daban cuenta de los enormes deseos que sus hijos tenían de jugar con el columpio de modo que los pequeños se quedaban año tras año con las ganas.

Han transcurrido más de sesenta años desde entonces. Los niños que anhelaban el columpio, se afanaron durante muchos años, sobre todo las chicas, en formarse y desarrollar sus profesiones. Los niños que disfrutaban del columpio, sorprendidos por la escasez económica, y fallecido el padre que no pudo resistir el cambio de su suerte, dedicaron toda su energía, bajo la hábil guía de la madre, a disimular su situación y conseguir todo el dinero posible; uno se casó con persona adinerada; otra se hizo con herencia irregular manipulando a familiares, y otros, directamente, se dedicaron a negocios ilegales, falsificaciones, estafas, amenazas y toda suerte de denuncias falsas para lograr lo que no es suyo. Hoy día son habituales en los juzgados del pueblo. Lo más importante para ellos era y es, aparentar lo que no es real;

que “son buenos” y que “siguen siendo ricos e influyentes”. A veces lo consiguen, pero la codicia, su sello familiar, ha envilecido las relaciones entre madre e hijos, hermanos y primos. Las conductas delictivas que durante un tiempo se dirigían hacia otros, a los extraños, ahora las tienen contra ellos mismos: pleitos, riñas, amenazas y denuncias han desarticulado por completo el armazón familiar. No se hablan unos con otros y viven en el riesgo de ataques mutuos.

En la casa del columpio ya no hay caballos ni flores ni agua en la piscina. No hay nadie. Solo quedan los litigios entre familiares por la propiedad.

La casa vecina, en aquellos años cincuenta casi en ruinas, ha evolucionado. Hace cuarenta años, la familia de los niños que anhelaban el columpio la adquirió, la reparó y habilitó rodeándola de árboles, plantas y rosales; incluso hay un gran emparrado que da sombra en verano y filtra el sol en invierno. Construyeron una piscina y durante muchos años, todos los miembros de esa familia con sus parejas e hijos disfrutaron de ese pequeño paraíso. Con el tiempo, han ido añadiendo más árboles y más plantas y un muro de hiedra que hace a la piscina invisible al exterior, al abrigo de miradas furtivas. En el jardín principal, delante de la casa, bajo los pinos, instalaron un doble columpio desde el que se ven las montañas, el cielo, los árboles, las flores y la tierra en el horizonte. Es grato mirar el atardecer desde el columpio tanto en verano como en invierno y cuando llegan visitas

con hijos, nietos y amigos, todos lo disfrutaban hasta saciarse.

No recuerdo cuando desapareció el viejo columpio ni cuándo nació el proyecto del nuevo; recuerdo lo que me costó encontrar la catedral de Nara al sur de Tokio. Ayer por la tarde, me columpiaba suavemente arrastrando un poco los pies. El frescor de la tarde me acariciaba la piel ya refrescada por el baño en agua de manantial. En el silencio, mirando como caía la noche, recordaba la intensidad de mis anhelos de jugar en el columpio cuando era pequeño. Me siento feliz y agradecido por esta casa, ahora mi casa, y por disfrutar y compartir el columpio.

Sera, Victoria

Llamada de una madre desesperada

Tenemos una casita familiar a la que acudimos con frecuencia a lo largo del año. Hay veces que coincidimos dos o tres miembros de la familia y otras vamos según nos apetece a cada uno. Todos tenemos llave. El pasado domingo disponía de unas horas libres y, dando un paseo, se me ocurrió pasar por allí para echar un vistazo: quitar un poco de polvo y revisar por si había que regar alguna planta o cambiar algunas flores ya marchitas. Tanto a mi sobrina Jimena como a mí nos gusta poner un punto de color de vez en cuando, aunque no vaya nadie. Este es para mí un agradable momento porque aprovecho para saludar a vecinos y conocidos, a los que también les gusta hacer lo mismo en sus parcelas.

Hace poco tiempo que tuvimos que cambiar la puerta, porque la humedad y el tiempo transcurrido hacía imposible abrirla con facilidad. Se atrancaba y tenías que empujar con fuerza, tanto para abrirla como para cerrarla. Los bajos tenían huecos y se colaba el agua de la lluvia. Poníamos periódicos para mitigar la entrada del agua. A veces, con las tormentas servía de poco. De ahí que acordamos hacer unas pequeñas reformas necesarias y toda la familia nos pusimos de acuerdo para que fuera una obra sencilla y rápida. Y, como siempre ocurre, empiezas por las puertas, luego las humedades y ya de

paso, como cayeron algunos azulejos, la obra se nos fue un pelín de las manos. Pero quedó bonita, sin duda alguna.

Giré la llave para abrir y no fui consciente de que ya no se atrancaba como antes —a veces hacemos las cosas de forma tan mecánica que ni pensamos—. Hice un poco de fuerza y casi me doy de bruces contra lo que tenía enfrente. Ahí me di cuenta de lo bien que había quedado y de lo suave que resultaba ahora entrar. Estuve haciendo algunas tareas como cambiar de sitio algunos adornos, moviendo algún que otro portarretratos, atusando los manteles de las estanterías y hablando con las fotografías de aquellos familiares que nos habían dejado y que nos gustaba tener a la vista. En fin, era una distracción como otra cualquiera, y muchos conocidos hacían lo mismo. Visto en otro contexto, pensarían que se nos iba la cabeza.

Me puse a barrer de espaldas a la puerta. De pronto, oí como se cerró. Posiblemente un golpe de aire la cerró o incluso yo misma la podría haber empujado al recoger el polvo de los rincones. Fui a coger el pomo... ¡pero no había manivela alguna! La parte interior de la puerta era lisa, solo estaba la cerradura, y la llave en su sitio, pero por fuera. ¡Me había quedado encerrada!

No me quise poner nerviosa porque sabía que a esas horas del mediodía pasaba mucha gente de forma habitual, pero parece ser que aquel domingo de noviembre no estaba resultando lo que yo esperaba. Por

nuestra zona hay muchas casitas, pero las calles son más estrechas y tienes que pasar expresamente si vas a la de tu propiedad; en cambio, las que dan a las calles perpendiculares a la nuestra son más transitadas.

Desde el cristal presté atención para llamar al primero que pasara. Estuve esperando y, a los quince minutos, pasó un joven que debía de ser un obrero porque llevaba una carretilla con cemento; traía los cascos puestos, así que ni se inmutó ante mis brazos levantados y dando golpes al cristal. Simplemente no miró en mi dirección. Iría a reparar algún desperfecto aprovechando que entre semana estaría con su trabajo. Seguidamente pasó un matrimonio mayor; los dos miraron hacia donde yo me encontraba, pero el reflejo del sol les impidió ver nada. También debían de estar un poco sordos porque no oyeron mis gritos desesperados –cierto que estos, un tanto amortiguados por el grosor del cristal que era bastante bueno, no podían escucharme–.

Me empezaba a inquietar. Un ligero sudor frío se deslizaba alrededor de mis sienes. Llegaba la hora de comer y en casa se preocuparían al no volver del paseo. Una señora que iba en andador parece que me vio de refilón gritando y gesticulando ampliamente con las manos. Pude observar cómo sus ojos se abrieron espantados y apartó su mirada de mí. Empezó a correr como podía y con el andador a cuestas. ¡Parecía que había visto a un fantasma! Me costaba creer lo que estaba viviendo.

Tuve que llamar a mi hija para que acudiera a abrirme, ya que no había forma de que nadie se acercase a ayudarme. ¡Solo se trataba de girar una llave, algo tan fácil!

—Hija.

—¿Qué pasa madre?

—¿Puedes venir a abrirme? Me he quedado encerrada en la casita.

—¿Encerrada? ¿Y eso?

—No me acordaba que ahora la puerta es más ligera y me he dejado la llave puesta por fuera. Estoy más de media hora aquí dentro.

—¿Y no ha pasado nadie por la puerta?

—Sí claro, pero al verme gesticulando y pidiendo ayuda han salido todos corriendo.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —se rio la hija mientras su madre no entendía nada.

—No le veo la gracia. Son unos desconsiderados que no me quieren ayudar.

—Pero, madre, ¿no te das cuenta de que estás en el cementerio, encerrada en nuestro panteón familiar y la gente en este mes de noviembre está muy sensible con sus familiares fallecidos? Ver una figura moverse dentro es como si alguien hubiera resucitado o perdido el juicio... ¡yo también me lo pensaría!

—¡Venga, déjate de tonterías y ven a abrirme, que hace rato que estoy llamando al guarda del cementerio y nadie coge el teléfono!

Antes de colgar nos echamos unas cuantas risas ante la macabra situación que se me había presentado. ¡Ahora entendía los aspavientos de la gente!

Soler Gallardo, Manel

Captivada per l'Orient

– Has vist, Miquel, les vegades que ens hem creuat per aquest barri mariner ple de escales i olor de peix?

Beatriu formava part del grup de teatre Drac Màgic i estava preparant-se per a representar el paper d'Èlia Fox, la comtessa d'Alepo, adaptació al teatre dels últims dies de la vida de l'espia i aventurera que va fugir dels nazis. Miquel era el director del grup i s'havien traslladat tots dos a l'Algarve portugués per a documentar noves dades sobre un personatge que s'amagà durant un temps al sud de Portugal camí de terres llunyanes i que desaparegué sense deixar rastre. La recerca els va dur a l'arxiu de la ciutat de Tavira on Teresa, directora de l'arxiu de la ciutat, els rebé ja de vesprada.

– Estimat Miquel, he trobat un document que podria ser interessant.

Teresa els mostrà la pàgina del *Diario de Tavira*, en les pàgines de societat del dia 10 de juny, festa de Camões, apareixia la notícia: “Èlia Fox, comtessa d'Alepo, presenta el seu llibre de poesies *Epitelis tendríssims*. En la foto la comtessa anava acompanyada de poetes i escriptors que celebraven el moment.

– Efectivament, Miquel, tenia vosté raó: Èlia Fox, comtessa d'Alepo, estigué ací i es va reunir amb altres

agents de la resistència portuguesa que li facilitaren la fugida.

- Vaja, una troballa important, no hi ha cap dubte.
- Conec un periodista, João Afonso, que li podrà ajudar. Prenga el seu telefon i parle amb ell.

João els esperaria al dia següent per a donar-los informació important. La vida de la comtessa havia estat oculta durant molt de temps i potser ara podrien desvelar-se alguns dels secrets més íntims. Decidiren anar-hi i veure de què es tractava. Entraren al café O Castelo i trobaren molt d'ambient, sonava el fado de Carminho: *Meu amor marinheiro*. El periodista era assegut a una de les taules amb el *Diario de Tavira* entre les mans.

- Miquel, no va ser Tànger la ciutat on va anar la comtessa, va ser a Orà, a Argèlia, on es va refugiar Èlia Fox. Allà pogué amagar-se millor a la madrassa de la ciutat, contactar amb altres agents i fugir de la Gestapo.
- els va dir João.
- Sí, tinc alguna informació que corroboraria aquesta versió. Moltes gràcies, João.

El *vinho verde* amb què brindaren era excel·lent. Miquel s'inspirava molt amb tot aquell ambient i escrivia sense parar el guió de la seua obra que ara li resultava tan apassionant. Agafaren l'AVE de tornada a Xàtiva, el vagó creuava a gran velocitat les extensions d'oliveres prop de

Sierra Nevada; en un determinat moment Miquel digué a Beatriu:

– “T'has fixat en l'anell que duia João posat a la mà esquerra ?

– Ben bé no m'hi fixat, Miquel, has trobat alguna cosa estranya?

– L'anell que duia posat era de l'ordre maçònic i m'ha resultat rar que no ens diguera res sobre les amistats que acompanyaven la comtessa en aquell moment.

– Què vols dir ?

– Sí, a la foto he pogut distingir Inés Castro, pintora gallega, però hi havia algunes altres que no he reconegut.

Beatriu creia que, a més de l'obra de teatre, Miquel havia trobat material suficient per poder escriure la biografia del personatge que tan li agradava.

– Crec que t'has obsessionat massa, Miquel, no creus ?

– No ho penses, Beatriu, descansa una mica i després t'ho explicaré tot millor.

Prengueren uns entrepans i descansaren una mica escoltant els fados, el viatge estava fent-se llarg i necessitaven descansar. A Xàtiva els esperava molta faena. Dormia Miquel quan se li apareixia la musa que més estimava: la Marlene Dietrich d' *El exprés de Shangai* era qui interpretava la comtessa d'Alepo fumant i prenent

un café al costat del seu amant. Quan el tren va parar a l'estació de Granada, es despertà súbitament, estava tot banyat de suor, isqué fora del vagó i va respirar a fons l'aire de la muntanya, l'amerava un sentiment que no era capaç d'explicar.

Repengué la conversa amb Beatriu :

– Fa ara unes tres setmanes vaig veure Alícia, una vident que coneixia molt bé l'astrologia i el tarot; després d'algunes sessions de consulta amb la pitonissa, per fi, em va donar una informació molt valuosa.

– Em digué que a l'hospital Sant Joan de Déu d'Agres hi havia una persona relacionada amb la comtessa. La doctora Huertas, cap de psiquiatria, tenia unes cartes d'un pacient que ella tractava.

Al dia següent d'arribar decidiren fer la visita a Agres, allà els rebé la doctora:

– Es diu Paco Vidal, fa dos anys que va arribar a l'hospital.

Quan Miquel el va veure se li canvià la cara per complet, coneixia aquell home, el seu nom també el recordava, sí, de xiquet, quan anaven a Elx a visitar la família de son pare, eren fabricants d'espardenyes que s'establiren a Orà després de fugir des d'Alacant camí de l'exili. La doctora Huertas li mostrà les cartes que duia Paco a la maleta juntament amb la documentació. Miquel va llegir una d'elles, no podia fer-ho bé del tot però, efectivament,

la carta venia d' Orà signada per Èlia Fox i començava dient: “Estimat fill...”

Ara encaixaven les peces, bona part de les sospites que Miquel tenia s'havien confirmat: la comtessa havia estat a Portugal i després s'havia refugiat a Orà on possiblement tingué un fill que abandonà abans de morir. Mentre prenen les infusions d'herbes al peu del santuari de la verge, Beatriu prenia notes per incorporar nous matisos al seu personatge al temps que encoratjava Miquel perquè acabara l'obra. Ja de capvepre emprengueren el camí de tornada envoltats d'aquell perfum característic del romer i el timonet que després la Serra de Mariola

Suárez Pascual, Beatriz

Consigna de identidad

Tomó un sorbo de la copa que tenía sin terminar. No reaccionó a aquella cuestión que quedaba en su memoria y corazón, tan solo se limitó a respirar. Cerró los ojos y un profundo suspiro le llevó a aquel lugar mágico donde encontró su yo y ya nunca más se separó de él.

Un ruido que proveía del más allá la hizo entrar en el ahora, llamaban a la puerta. *¿Quién será?* Fue apresurada a ver quién era. Dos extraños con cara de seriedad y rasgos hoscos se quedaron mirándola. Ella bajó la cabeza y entendió que no era agradable el motivo de su entrada en la vivienda. Sin más, ya estaban en el sofá sentados los dos. Venían uniformados, pero no se sabía muy bien a qué reglamento pertenecían. El silencio prolongado se rompió como el estallido de un tren a punto de partir.

– Umh... Bueno... Señora... ya sabe por lo que hemos venido.

– ¿Tan pronto? No me caduca hasta dentro de diez años.

Es necesario hacer unos pequeños reajustes. Usted ha llegado a descubrir demasiadas cosas del sistema que se ha creado en función de las grandes masas. Los razonamientos que ha hecho del pozo sin fondo de lo que se oculta de la economía en cuanto a las bajadas y subidas de precios. El auténtico origen descabellado por

el hombre de la natalidad y fecundidad. El mecanismo por el que se originan las tragedias en el mundo más allá de su visibilidad. Su identidad será anulada.

– ¿Me darán otra?

– No. Anularemos su sistema de creencias y la llevaremos a otro punto del planeta, para que no recuerde ni tenga archivos que puedan procesarse.

– No hablaré, lo juro. ¡No lo hagan!

– Es necesario, puede ser una amenaza para el mundo si alguien accede a sus datos y se da cuenta de todo lo que sabe.

– Entonces, ¿qué será de mí?

– No se preocupe, tendrá una buena vida, tranquila y sencilla. Le extraeremos algunos programas para que no vuelva a ocurrir.

Ante la situación, la invadió una opresión en el pecho muy profunda. Justo en ese instante se encontró sola en el centro del comedor con los ojos cerrados y a oscuras. A través de las cortinas se entreveía la luz del alba. Creyó que todo había sido una imaginación por la febrícula que tuvo aquel día. Pero algo en ella le había quedado en su mente. ¿Ficción o realidad? ¿Sueño o vigilia? Se dispuso a hacerse una taza de café y desayunar. La cafetera chirriaba insistentemente en la cocina y ella... ella en ese momento desapareció de su casa, sin rastro, sin nada.

V de Vendetta (Muñoz, Mar)

Amor de madre

– Un café, por favor.

Al salir de casa no era mi intención pararme, quería ir directamente, sin entretenerme, pero de pronto sentí un frío horrendo que me recorrió todo el cuerpo, aunque el calor en la calle era abrasador. Giré en la calle Marqués de Larios, y entré en el primer bar que encontré. Me disponía a beber mi primer sorbo, cuando de repente, sonó una canción de John Denver. Mi canción, nuestra canción. *Leaving on a jet plane*. Casi treinta años hacía que no la escuchaba... o no quería escucharla. Mi mano tembló, lo que hizo que derramara parte del líquido sobre mi falda. *So kiss me and smile for me*, ¡cómo olvidar la letra! *Everyplace I go I'll think of you*.

¿Precisamente tenía que ser hoy? ¿Hoy que necesito paz mental? ¿Hoy que tengo los nervios a flor de piel? Me debería tomar una tila.

– ¿Quiere que le ponga otro? No, déjelo, ha sido culpa mía.

When I come back I'll bring your wedding ring, continuaba la canción.

No puedo estar aquí, es demasiado, no lo soporto. ¿Dónde están mis pastillas? Tengo que ordenar el maldito bolso, nunca encuentro lo que busco. Me las habré dejado

en la cocina. Da igual. Venga, vamos, no lo voy a retrasar más. Debería dejar de fumar, me ahogo, me falta el aire, siento una presión en el pecho, me estoy mareando, *tell me that you wait for me*, otra vez la canción en mi pensamiento, como un martillo golpeando el yunque. Salgo a toda prisa, no lo soporto.

Me siento en un banco en el parque cercano a la casa, frente al monumento del poeta Salvador Rueda. No me atrevo a subir. Mis hermanos ya me han llamado la atención un par de veces, apremiándome: ¡solo quedas tú! ¡Tú elegiste su habitación!

Subo por las escaleras, no utilizo el ascensor, temo que, en un espacio tan reducido, vuelva a sentir, taquicardia, angustia, desazón, ¡qué sé yo! estoy francamente neurótica, mis hermanos tienen razón. Quizá sea la última vez que venga, demasiados recuerdos, ¿buenos, malos?, qué más da, terminemos con esto. Hay que desmontar la casa. Ella falleció hace poco más de un mes y no es cuestión de alargar el duelo. Yo me encargaría de vaciar el armario y todos los cajones de su cuarto, ellos se ocuparían del resto.

Qué oscuro está todo, podían haber dejado alguna persiana subida, por lo menos entraría algún rayo de luz. Este olor a alcanfor, almizcle, humedad, medicinas... me está produciendo náuseas, creo que voy a vomitar el café. Su cuarto está en penumbra, como a ella le gustaba, siempre le molestó la luz del sol. El calor es horrible, busco el abanico, tampoco está en el bolso. Comienzo por

el tocador. Aquí no hay nada importante, lo típico que se guarda en estos sitios. Voy a meter en una bolsa todo lo que está sin estrenar, yo no quiero nada.

En el armario, poca ropa. No era tacaña, pero gastaba poco en cuidar esa imagen melancólica y austera que le acompañó siempre. Solo tenía dos o tres faldas como mucho para cada temporada, y otros tantos suéteres, un par de blusas y un abrigo; no más. Unos zapatos de invierno y otros para el verano. Decía que a ella le bastaba con eso, en cambio, a nosotros sí que le gustaba comprarnos ropa, sabía la ilusión que nos hacía. Menudo lío en la mesita de noche, pañuelos, prospectos de medicinas, pilas usadas, el termómetro, un rosario, una caja de cerillas, recibos de la luz, de agua... un caos, pero ella jamás consintió que le ayudaran en su “desorden ordenado”. Todo a la basura, me falta el aire, necesito un cigarro. Mira por donde, un abanico, justo lo que necesito en este momento.

¿Qué es esto? Fotografías, las gafas, una biblia, un bolígrafo, una linterna... ¡cartas! Reconozco la letra. Ella nos las leía cuando éramos pequeños, siempre con voz temblorosa, entrecortada y casi siempre llorando, lo recuerdo perfectamente. Aleatoriamente escojo algunas y leo renglones, a salto de mata: Besos a los niños, ¿ha mejorado Carlitos?, ¿le ha bajado la fiebre?, niños estudiad mucho y hacedle caso a mamá. Deseo estar pronto junto a vosotros. Teresa, (esa soy yo), cuida de mamá, no le hagas sufrir y no te pelees con María. Os

echo de menos. Compra lo que necesites, leche, huevos, pan, que te lo fíen, ya se pagará. Estoy deseando volver a casa para estar contigo y con los niños. Os quiero mucho.

¿Cuántas hojas hay? Quince o veinte, pero solo un par de sobres, ¡qué raro! El matasellos de uno de los sobres apenas es legible, aunque consigo descifrar la palabra Almería. ¡Mi padre nunca las envió desde Melilla! El mismo sobre para todas las cartas escritas por ella, y nos hizo creer que eran de papá.

Me estoy ahogando, tengo ansiedad. Recuerdo perfectamente el momento en que nos dijo que papá había muerto. Que lo decía esa carta que a nosotros nunca nos leyó ni nosotros pudimos leer y que, según ella, el mejor amigo de papá le había escrito dándonos la fatal noticia. La imagen de mi madre quitándose el anillo nunca la he podido olvidar. Ya no hubo más cartas.

¿Qué es esto? En la esquina del otro sobre, ha dormido varios lustros la sortija de oro que mi padre colocó en su dedo anular el día que se casaron, 30 noviembre 1948. Jamás nos contó la verdad. Nunca supimos que mi padre nos abandonó. Su amor de madre fue tan grande que prefirió hacernos creer que éramos huérfanos. Tampoco yo he podido lucir una alianza de boda. El miedo o la cobardía le hizo huir y abandonarme con un hijo en mis entrañas.

Me falta el aire, me asfixio, ¿dónde he puesto el abanico? Recojo todas las cartas, las guardo en mi bolso. Me pongo el anillo de mi madre y salgo de la habitación con el firme propósito de no mirar al pasado. Ella se llevó el secreto a la tumba. Yo también. Salgo de la casa. Cierro la puerta.

I don't know when I'll be back again, otra vez la maldita canción. Bam Bam Bam, en esta ocasión es un juez quien golpea con su mazo. Es mi juez interior que me declara inocente, el veredicto es irrevocable.